

1

Vozebuth. Fragmentos de Lizeth

Jesús Maestro Bartolomé

PREMIO

0.

Le pido al taxista que no pasemos cerca de los jardines de Viveros. Frunce el ceño. Ambos sabemos que, siempre que no pretenda estafarme, ni tan siquiera tendríamos que acercarnos. Lo siento, pero no soportaría volver allí. Prefiero andar entre el frío y la lluvia incipiente con tal de no visitar el árbol cuya corteza exhibe nuestros nombres ¡Pero qué inútil huida! Parece imposible, pero ahí está Lizeth, maldita sea, en una ciudad tan grande, después de dos años; fósil, perenne, justo en el semáforo ámbar, luciérnaga conservada en resina electrizable.

1.

Lizeth sigue matriculada en la universidad, pero este año ha dejado de asistir a las clases. Prefiere ser una sombra que enfría las aceras de Colón y charlar con los pedigüños intentando averiguar qué hay de cierto en los escritos de sus cartones. Roba chicles y bisutería. Entra en los portales, siempre con la misma coartada, e imagina cómo sería vivir allí mientras lee los nombres en los buzones: Señor Trigo, señora Blat. Sube a las azoteas porque el vértigo es mejor que ser un minúsculo punto esperando al autobús, cruzando el paso de cebra, excavando en las papeleras.

2.

Ella no se llama Lizeth, pero Lizeth es el nombre de alguien que le hubiera gustado ser, como esa conocida poetisa que una vez publicó un libro y no volvió a hablar ni a escribir porque consideraba que todo estaba dicho; la gente acudía a sus conferencias mudas por lo insólito de ver a alguien que no necesitaba escucharse continuamente. Tiene diecinueve años y supone que, como el resto del mundo, no crecerá mucho más. Mientras espera su metamorfosis, sigue vagando porque no soporta ni el pasado ni el futuro, porque cuando piensa en el presente sus pensamientos se vuelven densos; y los segundos, martillos.

3.

Lizeth otea la carretera como si su ansiedad fuera a desaparecer tras esa curva. La espera deja de ser un tránsito y se convierte en la propia

vida. Sube al autobús de la línea 10, *Lliri blau — Cementeri*. Cree ver por el retrovisor a alguien que conoce. El universo se expande al doble de la velocidad habitual y dentro de su cerebro. Oye un murmullo. No son las voces del conductor jugando con la emisora, ni las del resto de los viajeros. Son palabras que están dentro de su mente pero que no le pertenecen: son los pensamientos de otros que ya hicieron este mismo viaje.

4.

Cesare ocupa ese mismo asiento desde hace unas semanas, pero es muy tímido y no se había atrevido a molestar a nadie. Cesare le cuenta a Lizeth que no se pierde el telecupón, aunque nunca compra lotería, y todo porque una vez le pareció que la chica de las decenas le guiñaba un ojo. Dice que su televisor está roto y pide alargar su estancia en la mente de Lizeth para poder ver el programa. Le contestamos que son plazas limitadas, que mañana le diremos si ha salido aquella chica de nuevo. Cesare me lo agradece, me ha caído bien y decido que si veo a la morena le mentiré y le diré que no, aunque esta decisión hace que ni siquiera tenga que comprobarlo. Lizeth tampoco cumple esa misma promesa pero le sonrío como un bálsamo. El autobús frena de golpe y Lizeth aprovecha para deshacerse del encantamiento.

5.

Lizeth entra en el cine, a nuestro lado de la realidad. Quedan muchas butacas libres. Un sacerdote se sienta junto a ella. Huele a piel gastada y a colonia rancia, a tabaco y a jersey de pico gris. Desahoga su alzacuello mientras la mano izquierda escarba frases en el reverso de una fotografía. Las luces marchan con el ulular del aire acondicionado. El silencio apaga las últimas voces, como la lluvia el fuego disperso en un bosque de móviles y palomitas. Aprovechando los fotogramas más luminosos, el errante intenta seguir escribiendo. Lizeth deja de prestarle atención. La droga alucinógena se inflama tras el telón, luminaria que nos recibe como los soles nublados de un día incierto...

6.

Fin. Lizeth se apresura hacia la salida. No creía que hubiera tanto público. Un incómodo peso la detiene. El errante dice que buenas noches, y Lizeth le devuelve el saludo como quien rechaza un regalo. Después recorta mentalmente la amenaza, recomponiendo con las letras impresas una nota de secuestro, de socorro, de suicidio, de emergencia, apelando a aquella regla urbana que nos separa del prójimo para protegernos de esta soledad revestida de asfalto, de la arrebatilla de mil nombres buscando la victoria.

7.

Lizeth acepta tomar un café, conducida por la insistente mirada del errante, obligada por la avidez con la que el viejo había escrito, y porque ella no sabe de la perversidad de un extraño; ella solamente ansía coleccionar nuevos rostros. Eligen una de esas cafeterías con el aire espeso y el menú pintado sobre los cristales. El sacerdote traga saliva y engulle la mitad de una copa de malta. Liz tan sólo escucha:

—Encarcelada nuestra indiscreción tras la rejilla del confesionario, los sacerdotes conocemos incontables crímenes. Muchas veces, la parvedad de algunos pecados es un señuelo para cazar la absolución de otros mayores y callados. Mi memoria ahora se nutre de secretos dolorosos y no tengo prisa por deshacerme de ellos.

En contra de lo que pensaba, la vejez no se siente apremiada por la falta de tiempo, sino que adora la lentitud. Es como una tortuga afrontando el invierno. Pero llega mi sabroso descanso y sé que he de confesar, purificarme, acercarme a la hoguera, ya que durante toda una vida he calmado las conciencias ajenas sin encontrar a nadie que hiciera lo mismo por mí..

8.

A Lizeth no le interesa cargar con pecados ajenos. Recordó una frase del Corán: “El alma que lleva su propia carga no llevará la de otra”. Ella seguía con devoción cualquier culto que no fuera yo o mi recuerdo, de eso ya os iré contando. Lizeth le pide al errante la fotografía, aunque ni siquiera la haya visto aún: es para su álbum de desconocidos. Entre

excusas y desvaríos, el ingenuo apunta su número de teléfono en una servilleta casi transparente.

—Cuidate muchacha, recoge las rosas mientras puedas.

9.

El romance de un perro con un vaso de coca-cola llena de cristales marrones el mugriento local. Lizeth cierra los ojos durante un segundo, asustada por el estruendo, y escruta el esgrima entre platos y tazas, el envite de un mus, el portazo precedido por una ráfaga chirriante. Después ya se ha quedado sola. No he podido averiguar nada más acerca de tan decisivo momento de mi relato: el falso sacerdote quería irse cuanto antes con mi dinero para cambiarlo por vino y volver a ser un mendigo borracho.

10.

Lizeth me dijo que el paraíso es una estafa, pues cuando vives en él aún no sabes que estás allí. Inventábamos máximas y algún errante las corregía, o se jactaba, o discrepaba o aplaudía. No eran días tan terribles como estos, pues lo malo y lo peor se diluían en la comodidad. Ya entonces, Liz era el espejo deseado para cada alma que cruzaba su espacio. Los demonios descienden sobre los poetas, a quienes los hombres extraviados siguen a su vez. Ella reniega de aquellos días que pasamos juntos, cuando no me cansaba de prevenirle, sólo para que se sintiera protegida, contra los nudos enredados del hilo de las Moiras y contra la maldad de los que soplan en ellos. Yo perdía y no me importaba la derrota, porque el amor es el único juego que consiste en que gane el otro.

11.

Lizeth entra en casa. Vacía sus bolsillos frente al espejo del recibidor como un preso antes de cumplir condena. Se mira, pero se ignora. Su pelo, oscuro como los días, recogido sobre la nuca herida, hecho un ovillo como un tímido cachorro, desvela, perezoso, secretos sobre el silencio que la rodea. Esa voz que le susurra hoy al cuello es mucho

mejor consejera que la desafinada coral que tiene a menudo por confidente (Al oírla resonar por primera vez enseguida supo su procedencia, pues recordó que el corazón es un músculo hueco, y tuvo la premonición de que pronto ardería la ciudad que había construido dentro de su cabeza).

12.

Lizeth abre su caja de fotografías y extiende el contenido encima de las sábanas. Escoge una carta, pero es un simulacro: ella siempre sabe lo que quiere, y siempre quiere lo último que ha conseguido... lo más alejado de mí. Las letras están borrosas y no puede leer el mensaje que escribió el sacerdote. Notas disonantes, frases indecisas flotando en el naufragio, donde la hiedra que algún día perfiló palabras es ahora musgo gris y desconocido. Lizeth recupera párrafos sin sentido. Buscando algún fragmento legible, se frota los ojos, se rinde, los cierra, estira los dedos, vuelve. La noche abre el alma de las luciérnagas como ella, así que enciende su última cerilla.

13.

Puede oír esa respiración en su mente. Letra enérgica, afilada por el uso, una voz grave y rota, nacida de pulmones castigados. Mina dura, negra, papel manchado. Las letras se recomponen al paso de los ojos, aunque no es necesario leerlas: si lo desea, Lizeth no tiene más que escuchar ese silencio imposible que hizo que la realidad, colérica como un animal herido, se volviera contra el fantástico mundo que hacía de ella alguien especial.

“Querida Liz: por ti quebré y profané, y te obligué a decir mi nombre. Me encontraste pronto, porque a los que somos grisáceos, rapaces, sátiros, no nos pasa desapercibido el caminar acelerado y la mirada esquiva de quien esconde algo de valor. Ahora que ya nos hemos alcanzado llegará el delirio. No me dejarás marchar hasta que seas complacida. Mientras me persigas no podré dejar de correr en tu busca, me engañarás para que te legue mi secreto como si no lo conocieras ya, como si quisieras oírlo de mi boca sabiendo que me quema la garganta al decirlo...”

14.

Lizeth oye jadeos en su interior. Sus manos comienzan a sudar exhalando cierto olor agrio que no reconoce. Sufre como un laberinto de ratas antes del terremoto y deja que ese murmullo mecánico que llega desde la calle se transforme en una respiración enfermiza. Así, Lizeth es poseída por un demonio llamado Vozebuth, memoria de los crímenes inconfesos, que no es otro monstruo que yo mismo.

15.

Creando una necesidad que es el mejor interrogatorio, responderé las preguntas que tenga acerca de este mundo desesperado y confuso, que se consume sin remedio, azarado como el macho de una santateresa antes de culminar la cópula. Pero igual que no se puede exprimir un huevo, ni obligar a un árbol a que crezca estirando de su tronco, es difícil convencer a los demás de que te cuenten sus secretos. Para aprender, a menudo necesitará robar los pensamientos ajenos (el violador prefiere las víctimas que se defienden, el psiquiatra los traumas lejanos y yo a mi querida niña, Lizeth).

16.

Interrumpiremos el silencio de otros del mismo modo que si para saquear un cadáver simuláramos velarlo. No buscaremos la verdad en las palabras sino en las manos inmóviles, en la nuez inquieta, en la dilatación de los poros y de las pupilas, porque el dolor, en su huida a galope sobre el potro de tortura, inventa mentiras que lo alimentan. Una de esas mentiras, la compañía, es a la soledad como el ruido al silencio. Los errantes combaten esa soledad con el chiste que nadie ríe, la desdicha que el otro no sufre, la anécdota que en su camino desde el recuerdo ha dejado de ser interesante. En fin, ese monólogo compartido disfrazado de conversación. Pero Lizeth no sabe que habla conmigo porque no volvería a confiar en mí; pero sí en Vozebuth, un peligroso desconocido, y en sus acólitos.

17.

Viento,

Orilla,

Zozobra.

18.

Joder, ojalá hubierais descubierto a Lizeth cuando yo lo hice. Venía a verme a casa de vez en cuando, los días de exámenes, atraída por mi desquiciado abandono. Yo siempre buscaba alguna excusa para dejarla plantada en aquel colchón cubierto con una sábana para que pareciera un verdadero sofá, gracias a dos cojines en todo desiguales. No era descortesía ni desinterés, pero la primera vez que Liz encontró mi guarida no encontré ni siquiera una lata que abrir en su compañía y tuve que salir a comprar. Llovía sin clemencia. Recorrí las largas avenidas de portal en portal, agazapado bajo las cornisas, atento a los charcos. Cuando volví a casa, Lizeth me secó el pelo con una toalla y me besó un párpado. Aquella tarde feliz hizo de la escapada un ritual.

19.

Yo estaba fuera veinte minutos y ella me esperaba de cuclillas junto a una radio que había sobrevivido a generaciones de inquilinos. A Lizeth no solamente le gustaba aquel sonido distorsionado sino también el zumbido de la red eléctrica alimentando las válvulas, el calor haciendo que el barniz saltara poco a poco, la aguja del dial rascando la marca de las frecuencias. La música me recibía en el patio y me acompañaba hasta el primero derecha, y yo sabía que Lizeth esperaba mi regreso, y olía en éxtasis el pan recién horneado, y la tierra de los tomates y hasta el plástico de las bolsas del súper. Si alguna vez interrumpían la canción por culpa de algún atentado, Lizeth apagaba la radio y tarareaba cualquier melodía. Yo prefería la televisión porque entonces pensaba, equívocamente, que una voz sin rostro es más propensa a la mentira, y porque su luz hacía que aquel piso alquilado se cayera más despacio. Sí tenía un dormitorio con sus cuatro muebles: una escuálida silla, un armario desvencijado y la cama de hierro con su mesilla, pero una anciana dormía pared con

pared y sus rezos nocturnos, para los que no tenía hora, parecían venir del crucifijo que aún colgaba sobre la cabecera del lecho, por lo que era mejor dormir en el sofá y ver películas en blanco y negro durante toda la noche. Aún hoy, cuando enciendo aquel cristal de verdades y mentiras, me pregunto si Lizeth estará viendo el mismo canal que yo.

20.

Lizeth intenta memorizar cada trazo de la imagen que ha escogido como presa, pero descifrar el código de las ánimas es como preguntarse si las abejas protegen a la reina por instinto o porque les gusta jugar al ajedrez. Ahora mira aquella fotografía de una mujer que bien podría ser ella misma años después, aunque físicamente no se parezcan en nada. Tienen en común la arrogancia defensiva, la seducción insultante, ese cabello descuidado por un viento frío de origen tan incomprensible como su destino que, respirando fuera y dentro de sus pechos al mismo tiempo, guía al diablo por los oscuros pasillos de su feminidad. Así son las dos frente al mundo: Libros no clasificados en una inmensa y concurrida biblioteca donde nadie lee a nadie.

21.

Lizeth se mira en el espejo, atenaza varias hojas de su alma entre los dedos y las pasa hacia atrás igual que un mago descubre un pañuelo escondido en su manga. Su cráneo se resquebraja. El papel está desenfocado como un estanque que se enturbia al arrojar una piedra. Poco a poco, las letras caen al fondo y ella puede leerlas a través del agua limpia. Lizeth descubre a Dédalo acariciando su interior.

22.

No suena el despertador, pero sí el vecindario, las aceras, el tráfico, la realidad más allá de la puerta de su habitación. Las ánimas que habitan la cabeza de Lizeth son poco amigas de las tormentas y una ducha de agua fría las mantiene escondidas en su colmena. Gracias a esta tregua de serenidad, Liz recuerda que ningún animal pereció víctima del seísmo. Habían huido a tiempo. Y nosotros en jaque como

si ignorar la escala de Mercalli pudiera salvarnos. Dice Dédalo, experto en paradojas, que el insomnio es propio de los soñadores. Lizeth, desesperada, se deja caer desde el borde del colchón. Mira qué arrugas tan asimétricas. Aquella otra debe de haber envejecido a destiempo. Dédalo está convencido de que nosotros no crecemos: es que el resto del mundo se hace más pequeño. Lizeth dibuja círculos en el polvo de las baldosas, estrellas rodeadas de satélites para un vencido titán. El olor a lejía, la fregona en el confín del universo. Vozebuth la regaña: nunca crees un mundo que vayas a destruir. Eso mismo le dije yo, pero ni caso.

23.

Dédalo mece a Lizeth con una de sus voces. Cesare, el mago hechizado, sale de su letargo. Siempre aparece en el momento oportuno, ofuscado por el azufre y rodeado por una humareda circense, encendiendo algún conjuro: “¡Dis manibus!” Seca el cuerpo de Lizeth con una llamarada y hace que vuelvan las voces. Con resignación, ella intenta descifrar otra vez aquellos borrones verticales. Guiada por un presentimiento, gira la fotografía como reanimando un reloj de arena y luces y sombras se transforman en frases. Vozebuth, aquiescente, se hace el despistado.

24.

“¿Prefieres mirar? Mejor para mí. Me gustan más los figurantes que los protagonistas. Es difícil no mirar a la cámara cuando la cámara no te mira a ti. Esta es una idea de las que no tenía desde hace mucho tiempo y su emocionante visita polariza mis recuerdos. Veo mi vida como un disco de Jim Morrison: Una sucesión perfecta de momentos oscuros y violentos. Cuando estudiaba, las palabras surgían con facilidad. Ahora la tinta se oxida antes de llegar al papel.”

25.

“Mi cuerpo está vendido, como aquella baraja que nunca desaparecía del escaparate, perdiendo su color con los años. Con ella podía haber leído mi futuro descolorido y húmedo, papel mojado. Acudo a la ropa tendida junto a la carretera, en el lado equivocado. Me gusta sentir su olor

extendiéndose hacia mí. Para esas grandes sábanas es fácil volver a nacer, pues el viento de poniente ahuyenta al fantasma que llevan dentro. No son conscientes de que un día se despertarán raídas y sucias para siempre.”

26.

“Abriendo la puerta como en una del Oeste, entra un errante de carretera que me recuerda al espía que habitaba mi cerebro. Antes pensaba que querer a un hombre era una enfermedad venérea. Después conocí a aquel oficinista en la cala de los suicidas: gracias por reve-larme que el mar era lapidado cada tarde y nadie había tirado la primera piedra.”

27.

Ahora Lizeth quisiera saber algo más acerca de aquella mujer de la fotografía, pero no recuerda cómo entrar en su pensamiento. Quizá debería preguntarle a Vozebuth cuál es el truco, como hizo Cesare, pero cuanto más tiempo pasa Lizeth reuniendo el valor, más cobarde se siente y más valor necesita, gota a gota, llanto de avaro, verre, got, copo, bicchiere, para desafiar al mundo en busca de un vaso que sustituya al que explotó con su cordura. Afortunadamente, cuando Vozebuth así lo dispone, la barba de Judas no pincha cuando te besa, y permite que se cumpla el primer deseo de Lizeth.

28.

“Huellas recientes en la carretera desierta. Espero sentada sobre el asfalto. Los coches pasan más cerca que nunca. Ya no soy capaz de adivinar de qué lado sopla el viento. Mojo mi pulgar con saliva y lo elevo hacia las dunas grises. Viene del oeste. Un coche frena unos metros más allá. El conductor ha confundido mi gesto. Yo sólo quería saber de dónde venía el viento y el viento se me llevó. Aquel extraño me ofrece dinero sin pedirme nada a cambio, sólo porque le recuerdo a alguien que desapareció. Dos horas de viaje y apenas unas palabras entrecortadas, un eco que se hubiera disuelto de haber estado escondido entre otros ecos...”

29.

—Cuando ella se fue, el dolor vino a ocupar su lugar. La ausencia no es más que una ilusión de presencia continua. La sed es ausencia. El teléfono que no suena es ausencia, la posibilidad latente de alguien marcando tu número. Me dijeron que hay un último adiós, pero el adiós es para los que se marchan. Los que nos quedamos debemos conformarnos con un maldito “hasta luego” que nunca se resuelve.

—Creo que esperan en el cielo.

—Dios es una ilusión de presencia continua. Dios es la ausencia.”

30.

Lizeth comprende ahora la profundidad de los ojos de esa chica desamparada, rota por un brillo que oculta el rostro del fotógrafo reflejado. Menos mal, porque podría haberme descubierto. Vozebuth resuelve que en el abismo de aquella mirada descansan los sueños que no se cumplirán.

31.

A los cinco años, Lizeth pensaba que de mayor sería uno de esos feriantes que venden el elixir de la eterna juventud. Ganaría mucho oro y cabalgaría su rampante corcel entre la plebe alborotada. Somos cadáveres que tratamos de contentar a aquel niño que fuimos. Pensamos que en el corto tránsito que nos corresponde cabe diferencia entre la infancia y la madurez. Por su parte, la eternidad, que no sé si ya terminó o, como dicen, es una franquicia vaticana, se mofa a gusto de nuestra ilusión, del espejismo de aquel vigía.

32.

La vida es esa voz que inventa nuevos cuentos cada noche. Nosotros la escuchamos, inmóviles en la oscuridad, luchando para que el sueño no nos sorprenda antes de que el héroe decapite a su Némesis. Ante tal amenaza, abusamos de la prudencia, la más fiel coartada del miedo. Por eso el astronauta con vértigo es incapaz de dar un salto, ya que antes quiere aprender a volar. Pero anima a los demás a que sean valientes.

Ejemplos de alevosía: la única vez que Cesare resultó ganador, había apostado en su contra en un duelo a muerte. Cuando la actriz pudorosa venció el miedo escénico, le dieron el papel de tímida. Hace dos mil años el buscador de oro encontró petróleo y pensó: “Vaya mugre”.

33.

Dédalo comprueba en su ábaco que llega el día. Liz deduce que aún es de noche. Se acerca el sol y aunque sepa que la nota correcta está ahí, en las teclas del piano, duda entre la negra o la blanca. Ha llegado el momento de tomar una decisión. Liz se lo toma con calma, porque Psique, desde su roca, murmura que “piano” tiene algo que ver con “despacio”. Lizeth se acuesta en el sofá, enciende el transistor y sintoniza una música que pueda ignorar.

34.

Al calor de un fuego fatuo, llega Céfiro. Creo que Lizeth empieza a acordarse de mí, como yo de ella. Voces incorpóreas nos guían por el fúnebre palacio de Eros. Aún podría recuperar mi tacto en sus muslos. Encendida con la cera de mis alas, la llama errática de su lámpara mágica no se muestra suficiente para desvelar mi descarnada faz. Huyo de su piel, y ella de mí. Caemos derrotados. La esperanza resistió hasta que la corriente engulló el mensaje; entonces supimos que la botella se había roto. Lizeth se aquieta: al menos el vidrio no reventó entre sus manos sino en el mar, donde no quedaba otro remedio que dar los pedazos por perdidos. Yo no sentía lo mismo, pero me aguanté. La resignación se disfraza de virtud católica, de postura zen, de pasota posmodernidad, pero la resignación también es un disfraz de la cobardía. No me juzguéis aún: yo la quise tanto como para no ser un lastre, y ella agitaba sus alas golpeándome. Lizeth decide que ha llegado el momento de buscar sin más y Vozebuth se presta a acompañarla. Lizeth coge las llaves del coche y se deja conducir.

35.

Usando a Vozebuth, mi marioneta, enseguida noté que el frío de la carretera, el cansancio, aquella pareja de la Guardia Civil que les había

adelantado y la aún resistente bondad de Lizeth podían hacer que diera media vuelta en cualquier momento. Gracias al cuento que acabo de inventar, mi alumna cree haber leído en el alma del chico de la gasolinera.

36.

“A ella también le tocaba siempre el turno de noche. Le conté que los que paran en la gasolinera intentan quedarse el menor tiempo posible. Piensan que es un lugar de paso que podría explotar en cualquier momento. Lo mismo es este mundo y pocos aprietan el gatillo. Me comprendió. “Algún día el sol se apagará y nos marchitaremos”— pensé cuando hicieron la autopista y la antigua gasolinera quedó desierta. No tardaron en cerrarla y construir esta. Fueron las únicas vacaciones que he tenido. Quise averiguar por qué los coches que iban a la ciudad tenían tanta prisa. Compré unos zapatos nuevos y llegué hasta allí.

37.

Una pareja de estudiantes de arte me ofreció alojamiento. Lo pasamos bien, pero yo era el único que sabía que esa vida no duraría para siempre. Les pregunté qué sucedería cuando aquello terminara. Prometieron, entre risas, que se cartearían.

38.

Un día fuimos a una tienda abandonada. Conservaba los cristales del escaparate intactos. Los limpiamos, y enchufamos el rótulo luminoso. La chica más bonita de la ciudad soportó horas de peluquería. Se maquilló tan bien que parecía una puta. Busqué una silla y la sentaron en el escaparate. Pasaron más de un millón de personas durante días, pero nadie se paró a mirarla. Estaba agotada. Se acostó en un diván, en la trastienda, y se quedó dormida. Luego colocamos una cámara de vídeo grabando su sueño y una pantalla en el escaparate conectada a esa cámara. Salí a por cerveza. A la vuelta tuve que luchar, blandiendo las llaves en alto, hasta entrar en el local. Errantes curiosos interrumpían el paso, observando con infecta expectación aquella pantalla. Al encenderla aún acudieron muchos más. Despertaron a la chica y nos fuimos a casa. Al día siguiente terminaban mis vacaciones.”

39.

Ajeno a mis manipulaciones, aunque preocupado por las dudas que inquietan a Lizeth, Dédalo teoriza sobre la manzana ingrávida (Una manzana duda entre permanecer en el árbol obedeciendo a Dios o caer obedeciendo a la ciencia. La segunda opción resulta peligrosa por el duro golpe, pero como al final todas las manzanas acaban con el corazón roto, decide desprenderse y volar y, siendo ingrávida, flota. La flotación supone más tiempo para sopesar el dilema e incluso le da la nueva opción de quedarse quieta y conservar su corazón intacto. Gracias a su valentía ha adquirido una nueva e impredecible libertad). Lizeth queda fascinada. Cesare le contesta que la manzana no es ingrávida, sino que opone a la fuerza de gravedad una tendencia a la caída horizontal, a lo que añade que el caos tranquiliza al desorden.

40.

Lizeth cura el estigma del astronauta con vértigo, que nunca cicatriza. Mi plan se ha beneficiado de las divagaciones de estos espíritus, utilizando a Cesare para que el camino que queda hasta la cala transcurra en los recuerdos infantiles de aquella mujer que tanto intriga a Lizeth, con la confianza puesta en que este segundo logro la alentará.

41.

“La segunda quincena de agosto era la más sorprendente del calendario. Viajábamos por carreteras rurales en las que cada tramo era una tumba, como si el bosque y la muerte compartieran un solemne sentimiento de verdad irrevocable. Mirándome por encima del hombro, las sombras de los viejos pinos hacían de la luz del sol un intermitente aviso de alarma, despistando mi atención hasta que el asfalto desaparecía del todo.”

42.

Eran los últimos días antes de volver a clase, pero las vacaciones empezaban ahora. Ya no cuentan las semanas pasadas, una tarde al cine y otra en casa de Susana poniendo discos y excitada por la

presencia de su hermano mayor en la salita de estar, leyendo revistas de motos. Hacía dos veranos que no íbamos al pueblo y probablemente nada había cambiado. Una valla de madera que yo recordaba gris, era verde, y el anuncio pintado sobre el muro del bar no era de Pepsi, sino de Coca-cola. Haberme confundido en esto me dolía; hace ya seis años, aquella fachada roja fue testigo de un beso pasajero y el primero se recuerda siempre, bebida refrescante aromatizada, pase lo que pase con el segundo.

43.

Esta vez la razón de nuestro viaje es otra: Tío Ulises se moría. Mi padre insistió en despedirse de él, pero yo sabía que buscaba algo más. No existía parentesco entre Ulises y nosotros, sino una complicada relación de agrios afectos, fruto del odio continuado a lo largo de décadas: un abrazo de piernas temblorosas a la llegada y las mismas conversaciones durante la cena, repetidas noche tras noche, año tras año, hasta convertirse en un morboso guión de sucesos intrascendentes que en su tiempo fueron noticia. El resto de las horas las llenaba esa amabilidad ofrecida a regañadientes, cortesía punzada con impostura en la indiferencia.

44.

Salimos de madrugada y estábamos allí a media mañana, pero llegábamos tarde. Ulises había fallecido la noche anterior. Pasó sus últimos días, ya casi ausente, al cuidado de unas vecinas, dos calles más arriba. Mi padre aparcó ante el portón de madera y subió la cuesta. Cinco minutos después bajó con las grandes llaves de la casa. Tenía prisa por solventar el trámite, y, visto el panorama, nosotras también.

45.

Las paredes mudas, los ventanales entreabiertos, un vaso de leche por terminar, su aún reciente presencia. Si no fuera porque mi padre empezó a rebuscar violentamente en la cómoda, hubiera aprovechado para imaginar que la curvada y menuda figura del difunto aparecía con un puñado de almendras garrapiñadas. Pero el colchón de la

cama se llenó de ropa y papeles, amén de otros objetos muy dispares, hasta formar una grosera montaña, triste y desordenada.

46.

Esta disciplinada labor de saqueo continuó durante un par de horas con mi madre removiendo los bultos por si alguna cosa podría aprovecharse, ya puestos, con la excusa. Nada excepto el resguardo arrugado de un correo enviado días antes, aplastado debajo de la cafetera, ondeando burlón gracias a una corriente gélida pero suave muy parecida a esa manera de decirse adiós que a principios de septiembre reconciliaba a aquellos dos hombres, ahora enfrentados en un duelo póstumo de violación y escondite.

47.

Me tumbé en la mecedora, bajo las moribundas vigas de madera. Me entretuve recorriendo los paisajes arados que formaban las fibras de la impenetrable cortina de la despensa, la tela yerma del arrugado sudario que servía como mantel. Hubiera sido absurdo que después de profanar cada rincón, aquel álbum de fotografías sobre la mesa fuera lo que buscaba mi padre, que rechazó mi sugerencia como si le conmoviera mi inútil participación en su cruzada. Enarbolando el resguardo postal que había debajo de la cafetera, gritó: ¡Nos vamos!

48.

Creo que dio por supuesto que aquello que buscaba nos esperaría en casa. Dicha esperanza alivió el silencio de la carretera, con la mente puesta en el televisor, en un día siguiente que no estaba programado, en un trastorno estéril pero irremediable. Cruces de piedra plañían en las curvas para nuestro improvisado velatorio a sesenta kilómetros por hora, dirección Madrid.”

49.

Disperso en un océano de imposturas, el territorio humano es demasiado amplio y está fragmentado. Nuestros corazones son como aves

migratorias que vuelan solas, muchas veces tan rápido que no tienen tiempo para escoger el mejor camino. Razón de más para la inmovilidad. Silvio navega su acueducto. Dédalo cita a Zenón y el argumento de Aquiles persiguiendo a la tortuga. Le pedimos que se deje de sofismas: como el tiempo y el espacio, en la práctica no podemos estar infinitamente divididos. Cesare, borracho, se mofa de nuestra compasión y continúa con la autopsia.

50.

Lizeth se acerca a una cabina y marca el número de teléfono de aquel sacerdote impostor: “Telefónica le informa de que actualmente no existe ninguna línea con este número”. Cesare dice que se lo temía. En un mundo dominado por unos y ceros que al combinarse simulan tener algún sentido no es extraño depositar nuestra confianza en una retahíla de cifras. He hecho creer a Lizeth que tras aquella secuencia de números encontraría ayuda. Era una seguridad necesaria, una protección ante lo aparentemente incomprensible, pero una red sin anclaje. Ella empieza a sospechar y amenaza con rendirse. Cesare le recuerda que “aquel que no esté convencido de antemano, dice el dogma que no hallará prueba nunca”.

51.

Vuelve el mareo y Lizeth consigue acostarse en el asiento trasero. Se deja llevar por el delirio. Siente que habitan ojos ajenos dentro de su cerebro. Utiliza su macuto como un cojín, algo que le hace pensar en aquellas fechas. Juntos, sí, pero yo era el látigo y ella el crujidero. En el borde del precipicio, Lizeth recupera la cordura. Dédalo la sorprende con la vista fija en las fotografías, avergonzándola. Lizeth echa de menos demasiadas cosas. No quiere que yo vuelva, pero no cuenta un segundo sin que añore mi imposible presencia. El mago aparece y desaparece, olvida sus trucos, pero la magia permanece.

52.

Vacío Entre Nuestros Espíritus Cuando Íbamos Atados

53.

Huyendo de las huestes de Atila, los habitantes de Aquilea fundaron Venecia. Literariamente, Atila llegó aquí la tarde del 28 de septiembre de 1786 reencarnado en Goethe: por donde él ha pasado, no cabe sembrar más palabras. Desde entonces toda descripción de la ciudad está hecha, como él mismo admitía dos días después, y a los viajeros que cualquier otro lugar poseeríamos con bravatas y postales tan sólo nos queda rendir nuestro cuello y presumir de haber sobrevivido a la Atlántida.

—¿No te he visto antes en alguna parte?

—Sí, en Florencia.

54.

¿Por qué volver a los lugares donde fuimos felices aún sabiendo que la felicidad siempre busca limpios horizontes? Contesta mientras me engulle, húmeda noche. He perdido el último transporte. Esta ciudad hidrófoba, venenosa, me devora dilatándose a mi paso. El agua cubre mis tobillos. Ahora soy yo quien naufraga en el vientre de la serpiente. Sus colmillos son dos columnas en el único lugar del mundo cuyo esplendor tiene 360 grados. Busco refugio en una callejuela como si hubiera adivinado que iba a empezar a llover. Me amparo bajo el arco de la fábrica de cristal. El crótalo tintinea. El ofidio agita su lengua víperina en señal de victoria. Quedo preso de un músculo escamado, y como aquella estatua de Cronos, mi corazón es un león en el pecho.

—¿Cómo te llamas?

—Dímelo tú.

55.

Los dioses perduran como nosotros, sus hijos, aunque mudando de nombre. Recuerdo la última vez que estuvimos aquí, durante la Edad de Oro. Creíamos conocernos bien. Saturno reinaba; en las fiestas celebradas en su honor, los esclavos daban órdenes a los señores, cubiertos por elaborados antifaces como si este laberinto no bastara para ocultar su identidad. Aquellas escaleras aún no estaban

sumergidas; por ellas desembarcamos del Bucentauro para recorrer el entonces seco pavimento de la plaza de San Marcos.

—¿Alex Katz en Venecia?

—¡Díselo a Turner!

—Respeto el blanco.

56.

Cuando todo a tu alrededor es bello siempre dejas algo valioso a tu espalda, sacrificando una belleza por otra. Contigo no había duda. No me preguntes, auriga, por los caballos, aún estoy midiendo la curva de aquellos labios.

—¿Recordarás nuestra conversación cuando te olvides de mí?

57.

En un precioso duelo especular, tus ojos escrutaban los canales, las piedras, los grises entre el blanco y el negro. Siempre llevabas cargada tu cámara fotográfica; tú misma eras un carrito por revelar. Querías que junto a tu esquila publicaran un positivo de tu último día, uno que dejara constancia de que esa jornada también había sido importante, como si expirar no fuera suficiente para llenar tu agenda; yo he tardado años en recuperarme de tu primera mirada.

—¿Un café?

—Lejos del violinista.

58.

Me hice pasar por Casanova alzando mis lamentos desde las mazmorras del palacio. No eras de las que caen en la trampa, pero querías serlo. Me llamaste mago por un truco de los que sólo salen una vez.

—¿Puedes acercarte más a la barandilla o tienes vértigo?

—Tengo vértigo pero no por la altura.

59.

Entramos en la Academia atraídos por un cuadro de Bellini, “Alegoría de la Fortuna inconstante”, donde navegas sosteniendo el mundo, otros dicen que la melancolía, y guardando en tu regazo a tantos niños como bajo tu barca se ahogan. Reconfortado por tu líquido amniótico, con el agua al cuello, ahora soy uno de ellos.

—¿Quieres un trozo de pizza?

—Sí, dame éste.

—Si está mordido!

—Mejor, yo también.

60.

Dices que tu espíritu está fabricado de hierro, como una Nikon. El mío es instantáneo, como una Polaroid. Robo tus ideas como si le robara mi imagen a un espejo, pero no logro enfocarlas. Es el agua en suspensión, el vaho que no me deja. Me retiras el flequillo de la frente, usando tu brazo como limpiaparabrisas. Sabes de lo inconexo de mis relatos, de mis promesas, de mis afectos. Mujer lente; mujer diafragma; mujer objetivo.

—Bueno, pues pásame el flash para compensar el contraluz.

—Y yo que siento el sol de cara!

61.

Al poco de su muerte nadie recordaba qué había querido representar Giorgione en la obra que titularon “La Tempestad”. Yo lo descubrí para ti. En primer plano estamos nosotros. Tú, mostrando tu seno, de nuevo guardándome tu regazo. Era aquel día, aquel presente ahora pasado. Al fondo las nubes crueles y el lucífero latigazo de un relámpago. Eran el día de hoy, este futuro ya profetizado.

—¿Quieres...?

—¿Qué?

62.

Me pregunto cuánto tardarán mis pulmones en impedirme tragar más travesías. Siempre has llegado antes que yo, y me lo hiciste saber de la forma más terrible. Pero como siempre, te alcanzaré de nuevo.

—¿Y estos edificios están contruidos sobre islotes?

—¿Y lo nuestro?

63.

Un barco cargado de demonios ancló en la embocadura del puerto del Lido, desencadenando una tormenta como la de hoy. Paris Bordone inmortalizó el desenlace de esta leyenda en su "Pescador entregando el anillo de San Marcos al dux". Fue el 25 de febrero de 1340 ¿Te dice algo esa fecha? Sí, tal día como ese, siglos después, perdiste la esperanza. Siempre has llegado antes que yo. En un pulso incesante, tu corazón agotó el mío.

—No olvides las fotografías. Será mejor que las rompas tú.

—Te enviaré los fragmentos en los que se me ve feliz.

64.

Antes de despedirme aún me ha quedado un instante para oír la sonrisa del reflujo. Tras el bautismo, dicen que encontraron una de mis lágrimas bajo el puente de los suspiros, disuelta entre las tuyas. Huyendo de ti, mi perdido dorado, los habitantes de Aquilea fundieron Venecia.

65.

¿Quién no tiene un amor ideal que le acompaña cuando está solo, como una voz que nos lee por dentro? Yo amé a alguien que se parecía mucho a ese ideal y, desde entonces, ese ideal tiene sus mismas facciones y ya no me sirve de consuelo. El recuerdo lo ha contaminado. Podría recuperarlo si Lizeth me convenciera de que solamente imaginé haberla conocido. Sí, ya sé que el despecho es un ansiolítico con menos contraindicaciones.

66.

Dédalo besa la mejilla de mi víctima, no sé si consolándola o perdonando su debilidad. Cesare les cuenta a todos que una vez vivió con la mujer de su vida. Cuando ella se fue, la llamaba cada noche para oír su voz en el contestador automático y grababa mensajes intentando que su llanto no quedara registrado, para que ella supiera, si alguna vez volvía, que él tampoco la echaba de menos.

67.

Dédalo ya no cree en el amor. Dice que con la electricidad llegó el triunfo definitivo del individualismo. Defiende que las almas, igual que las bombillas, al fundirse, dejan de brillar. A Cesare le asusta el glorioso estertor final: la mejoría de la muerte. Una pelea entre dos enamorados que creen que ya no lo están, y lloran y al final se abrazan y se consuelan por última vez, por acto reflejo, por compartir su recién estrenada soledad. Y empecinados en que algo terminó, todo termina. El amor se distingue de las demás cosas porque la experiencia aumenta la ignorancia. Desde que con la electricidad llegó el triunfo definitivo del individualismo, hay una luz al final del túnel donde vuelves a encontrarte con los que te quisieron.

68.

Lizeth consuela a Cesare: muchas veces te encuentras con alguien que crees tendrá un papel protagonista en tu propia historia, y va él y no contesta a tus mensajes. Otras veces pasa que los demás nos recuerdan en momentos que ya hemos olvidado. Son fragmentos de nuestras vidas dispersos en las mentes de otros. La respuesta a nuestras preguntas se encuentra en la cabeza de un desconocido. ¿Dónde estuve aquel viernes, cuando olvidé que habíamos quedado en la puerta del cine? ¿Alguien acudió en mi lugar? ¿Quién está besando tu boca, meses después, y no soy yo? Lizeth atesora esos fragmentos en su álbum de errantes junto a las imágenes de nuestro encuentro en Venecia, porque de ellas le importa cada estatua, cada puente, cada cielo excepto yo.

68.

Su

Último

Impulso

Casi dejó sin aire aquel pecho bendecido; pero no le

Impidió

Decirme

Adiós.

70.

Lizeth aparca en el recodo de una playa pedregosa, lunar, plateada. Sube al mirador por unas escaleras de aluminio y sigue la barandilla de piel desconchada hasta un catalejo que funcionaba con monedas que ya ni siquiera están en curso. Aquí la orilla no es de arena como la que reina varios kilómetros más al sur. No hay familias, ni colmenas, ni grasa censurada, ni senos saludables. No es la playa de los vividores, sino la de los suicidas. Un lugar tranquilo donde parece que la muerte duela menos. Se corre la voz. El gatillo al percutor, el percutor al pistón, el pistón a la bala si el tambor-ruleta lo decide.

71.

Lizeth podría pasar horas con la vista en el horizonte, con su ánimo en el vértigo. Cesare advierte: Transeúnte en proa. Todas las tardes se dejan caer. Repetirá el mismo gesto que los demás, pero, por un instante, la soledad hace que se sienta único. Coge una piedra del suelo. Una larva que se ocultaba bajo ella cambia de escondite. El transeúnte sopesa el proyectil y lo acomoda en su mano apretando un poco, amenazante. Antes del viaje, antes del río, antes del derrumbe, mucho antes que el hombre y hasta hace poco para el insecto, la piedra recuerda con vanidad que una vez fue montaña. El transeúnte dispara y el canto se imagina gaviota que vuelve al mar. Rebota una, dos, tres veces. Este no es de los que se pegan el tiro. Los suicidas nunca juegan a arrojar la piedra. Se sientan un rato para enfrentarse a las olas y dejan caer su cabeza entre los hombros.

72.

Curiosidad infantil o vigia fantasma oteando el cielo en busca de Vulcano, Lizeth los clasifica: niños o cadáveres. Entre los dos extremos nada excepto el engaño. Lizeth desciende hasta la cala de los suicidas y dispara. Algunos nómadas que pasan cabizbajos se detienen de repente para coger una piedra y echársela en el bolsillo. Efímero tesoro del que pronto se cansarán, como de tantos otros en su vida. Recitan si serán capaces de huir del naufragio antes de hundirse. Son niños o cadáveres, igual da. Sección de no clasificados.

73.

Las aves vuelan bajo, en bandadas sostenidas por un elástico invisible, aprisionadas entre los azules mientras estos ennegrecen. La marea obedece con creciente ímpetu las órdenes de la noche ante su faraónica cercanía. Desde su atalaya, Lizeth ve a un viajero en la vía muerta, esperando a que se alce la barrera para pasar al otro lado. Si pudiera olvidar el pasado, creería en el futuro.

74.

Vozebuth afirma que después de tan meditado fracaso, llegar vivos a la madurez, ya no deberíamos seguir aquí. A Lizeth no le convienen los consejos pesimistas. Ya ha llorado todas las canciones, enjugando sus lágrimas en una suite del California, a menudo por culpa mía.

75.

Durante un suspiro, Lizeth se enfrenta a Vozebuth, ese crudelísimo bardo que rima el silencio con su desesperanza. No está segura de qué dirección tiene que seguir. Vozebuth la tranquiliza con un secreto: En cada vida existe, al menos, un punto de inflexión. Todo hombre ha de soportar algún mazazo del destino, pero rara vez los dioses quedan saciados con un único golpe. Ese hecho repentino que hace girar nuestro rumbo como una veleta no nos libra de otros muchos a lo largo del incierto devenir. Si una historia discurre hasta el momento en que sucede algo y otra a partir de él... ¿Por qué entonces centramos la atención en ese instante como aquel viajero que tan sólo es capaz de recordar los cruces?

76.

A Lizeth le parece injusto que Vozebuth haya desdeñado su dilema y mi diablo trata de enseñarle que no hay decisión acertada que no nos prive de los posibles beneficios de un fracaso afortunado. Por ejemplo: Dédalo inventó una máquina infalible que, mediante alquímica tecnología, te hacía saber cuál era la decisión correcta para cualquier problema. Dédalo alcanzaría la gloria en cuanto hiciera pública tamaña maravilla. ¡Qué sorpresa! Tras ser consultada al respecto, la máquina decidió no darse a conocer.

77.

La humedad se congela en los huesos, el atardecer convierte la cala de los suicidas en un lugar tan desapacible como su nombre. Lizeth vuelve al coche y conduce sin rumbo. Repasa las imágenes que ha recogido durante el día, recordando los nombres y las fechas escritas en la madera hasta encontrar aquella que capturó su imaginación:

09/11/2001

Una niña asustada en el rincón de un agujero cúbico. Mordió el reverso de su mano. Me miró fijamente, recordándome que a los perversos les está reservada la Gehena, la más horrible mansión. La hija de aquel hombre pobre estaba poseída por un espíritu mudo. Nos dejaron solas y me acerqué a ella ¿Qué hacía allí encerrada aquella sibila de ojos vendados? Me susurró al oído: "Si tu ojo te escandaliza, sácalo." Sus sueños eran profecías que la atormentaban hasta que los recitaba mil y una veces con su antiguo ordenador de teclado braille en una ciudad sin agua corriente. Le niego mi ayuda sólo porque ayer terminaron mis vacaciones. Del decálogo del triunfador: "No mirar atrás, no mirar abajo." Llego al último vuelo. Otra vez. Me he pasado la vida huyendo, alejándome de las ataduras sin comprender que, como a un escalador, podrían salvarme en la caída. Recibo un mensaje en el teléfono móvil: "En cualquier lugar que estéis os alcanzará la muerte, os alcanzaría en elevadas torres. Sura IV, 80."

78.

Lizeth intenta descifrar la profecía que ayer se reveló en la voz de su misteriosa presa. Silvio promete a su dueña que la había transcrito, pero que el papel absorbió la tinta como si se hundiera en arenas movedizas. Los ojos ajenos de la pequeña Liz, muy sensibles a las disputas internas, sugieren que tal discusión pronto carecerá de sentido. Lizeth se siente como si estuviera caminado sobre las huellas de otro.

79.

La primera salida de la carretera es la que lleva al aeropuerto. Vozebuth nos dirige hacia allí y a ninguna de las almas le resulta extraño, no sólo porque es una ruta que han seguido otras veces, sino porque, según el último sueño, allí nos aguardan los pensamientos que buscamos.

80.

Cesare guía a Lizeth hasta la sala de espera. La muchacha observa a las azafatas, a los pilotos, a pasajeros y a incontables errantes, siempre de modo que no se crucen sus miradas. Finalmente, Vozebuth le señala a su alumna un mostrador al fondo de la sala. Allí, un errante vestido de uniforme juega con un cigarrillo apagado. Ante el desánimo de Lizeth, el diablo le abre la puerta de aquella mente, que parece haber sido elegida la azar.

81.

“Devoluciones y reclamaciones: aquí llegan las quejas sin impreso normalizado, las cartas sin remite ni destinatario, las maletas que nadie reclama después de un accidente. Explico a los demandantes que poco puedo hacer para ayudarles. Mientras se cansan de esperar, no entiendo la razón, casi siempre me preguntan cómo conseguí el trabajo. También les gusta saber cómo es esto por dentro: “un vertedero esterilizado, igual que el resto de la sociedad de consumo”-les contesto. Me dicen que es una suerte poder hurgar. Pero para qué las maletas sin los pasajes, para qué los pasajes sin un destino, para qué

un destino sin nadie que te espere... Para qué las fotografías si no tienes los recuerdos.

82.

Los recuerdos son un alma de segunda mano y yo trato los de los demás con cariño, por si alguna vez pasan a ser míos. Nada pertenece a nadie; lo normal es que las cosas nos posean a nosotros. Como los celos.

83.

Nos hacía gracia el nervioso trajín de su cadera cincelada por la delgadez, su escrutadora miopía camuflando unos ojos en verdad preciosos. Cuando se iba con unos y otros, yo apostaba por la lujuria, pero mis celos rezaban por perder. Era un tornado en guerra, demasiado devastador para seleccionar a sus víctimas. Una depresión pequeña pero de gran intensidad. Ella no era cualquiera, a pesar de sus orígenes. Le pasó como a mí, que apostó por el amor y ganó, pero no le pagaron el premio.

84.

Nuestro jefe, su marido, era una de esas personas con exceso de velocidad que nunca reciben las multas, con los ojos azules y el colesterol bajo, de los que se limitan a despertarse por la mañana y recibir las bienaventuranzas. Siempre tuvo a alguien dispuesto a bombear su corazón y a encerrarle el coche. Y así seguiría si no se lo hubiera llenado de plomo el chico nuevo de la gasolinera, que no se dio cuenta de que el combustible adecuado para aquel Mercedes no precisaba antidetonantes.

85.

Cuando el gilipollas murió, ella entró en la terminal sin aquellas prisas por llegar a la hora en punto y con una caja de cartón que llenar. Dos horas de retraso y les había dado tiempo a retirar los papeles sueltos de la mesa del director. Los papeles sueltos, el pisapapeles, las cartas

sin abrir, el abrecartas, las tijeras... Ella hizo lo mismo, sin esforzarse en facilitar el trabajo de sus sucesores. Guardó varias agendas de teléfonos y, por supuesto, ese cenicero con forma de perro, "que a lo feo se le coge cariño porque a lo bonito no hace falta". Y eso que odiaba los regalos usados, porque decía que son como insultar a alguien con tus propios defectos.

86.

No es apropiado criticar al difunto, pero para qué me voy a callar. Un par de verdades de vez en cuando arreglarían el mundo. La viuda lloraba desconsoladamente, y tenía dos razones para ello: el alcohol ayudó a que le cogiera el sentimiento y un ataque de nervios le aseguraba el suministro de tranquilizantes durante semanas.

87.

Conocía bien a esa pareja. Ella le esperaba con una copa de aguardiente en la mano. Qué podía hacer sino beber un sorbo y mirar de vez en cuando por la ventana. Un breve encuentro con el alivio, un horizonte para la angustia. Él llegaba deliberadamente tarde, alargando el último tramo de la calle. Además se divertía retrocediendo unos pasos con cualquier excusa, pues sabía que entonces ella languidecía con resignación.

88.

Después de quince años juntos, ya no se conocían. Las metas imposibles, distintas cada poco tiempo, terminaron el desolador trabajo de barrena y drenaje que su egoísmo había empezado. La primera vez que los vi, ella parecía una colegiala recibiendo su regañina mientras él se crecía, encendido por sus propias injurias, sin dejar de mirar aquellos labios desdibujados por el carmín a causa de las muecas que, en vano, intentaban disimular una risa contenida, al borde de la asfixia. El estropicio que la chica se había hecho en la boca ya no tenía remedio, entre las mordeduras nerviosas y el pintalabios restregado como si se hubiera comido un enorme pastel de lujuria adolescente, así que no nos sorprendió que se la tragara entera tras la falsa intimidad de una cortina de rejilla.

89.

Aquel abrazo que los unía años después era muy distinto: él llegaba a casa, ella lo recibía completamente borracha mientras olía en su cuello el perfume de otra y sus manos escrutaban el bolsillo de la gabardina. Una sola receta al mes y una pastilla al día, así que él tenía que llevarse el bote de los calmantes de un sitio para otro. A veces me contaba estas cosas y terminaba ironizando acerca de su desgracia:

—Es agradable que tu mujer te reciba tan ansiosa cuando vuelves al hogar.

90.

Cuando las drogas fueron insuficientes, el matrimonio aún fue a peor. Ella siempre llamaba al trabajo saciada por otro hombre, hasta que una noche le embolsó los trastos al jefe y se los envió contra reembolso. Menos mal que los buenos recuerdos ocupan poco espacio. Por una vez había sido selectiva. El inventario de una decepción: ropa interior femenina que no parecía de su talla; un viejo programa de Broadway (a ella ni siquiera le gusta el teatro) y una pulsera grabada con un mote ilegible. Después de montar el follón con abogados y escenas y repartos en los que ella siempre salía desfavorecida, parece que se arreglaron, pero la reconciliación duró poco... (Alimentando mentiras, un crimen se esconde entre más crímenes, como un agujero dentro de otro. El Mercedes se ahogó en una curva y falló el masaje cardíaco. Las segundas oportunidades son como el reintegro de la lotería: siempre vuelves a jugar)."

91.

Cesare responde enojado a los pensamientos más ocultos del aduanero: una segunda oportunidad, claro, la nostalgia es una esperanza que se viste de prestado. Él perdió a su único amor en el parque de atracciones, en la casa magnética. Se la raptó aquel muchacho que hablaba de Troya, que decía que cuando subes por segunda vez en el tren de la bruja es muy fácil quitarle la escoba, que ganaba peluches apuntando al feriante con la escopeta. Cesare se quedó más allá del espejo mágico, anclado en la parada de los monstruos hasta que Vozebuth llegó.

92.

Cuando dos personas despiertan juntas hay sueños que coinciden y realidades que se complican. Dos caminos que se cruzan se convierten en cuatro. Lizeth está de parte de Cesare, pues ambos echan de menos a aquel otro que inventaron perfecto, como un sueño estupendo que no recordamos al despertar. Son los cuentos más valiosos que existen, escritos a medida. Dédalo mira a la joven mientras duerme en uno de esos bancos de plástico. Sus ojos crepitan como los fotogramas de una vieja película. Vozebuth siente la desazón de una disputa inacabada, cuando el abandono del contrincante supone la derrota de ambos. Respeta el resto de su noche y se sacia con los sueños de aquel amante perdido. Ellos perdurarán mientras nosotros olvidamos muchas de las cosas que hicimos, empeñados en convertirnos en una sola persona, uno más uno, es decir, dos, alguien distinto..., más retorcido. El número dos es como un gancho, la magnética atracción del otro.

93.

Cesare no cree que el instinto de procreación sea el culpable de esa obsesiva sed de complejidad llamada enamoramiento, pero es una mentira tan aceptada como que el átomo es indivisible. Sí, el “yo” también es una perversión del lenguaje. Será para identificarnos, medirnos o multarnos, pero la responsabilidad continuada de mantener una misma identidad se transfiere a esa búsqueda del otro inventando nuevas clasificaciones: matrimonio, familia, clan, empresa, oficio, país, hinchada, más hinchada y muertos víctimas de una misma explosión. Cada uno en una caja dentro de otras cajas. Un sistema insostenible como él mismo admite: enajenación transitoria, rehabilitación, divorcio, transformista, trinidad y monoteísmo, carnaval, uniforme. Si tuviéramos una sola alma, erraríamos, sí, pero no podríamos mentirnos a nosotros mismos y nos resultaría difícil mentir a los demás. Vaya, Cesare cae de nuevo en la trampa de la multiplicidad. Al menos va eliminando testigos.

94.

Esta divagación es la abstracción previa a la solución de un problema; miles de fonemas sin sentido agolpándose en la punta de nuestra

lengua como cuando intentamos recordar un nombre que oímos hace tiempo. Por ejemplo, el nuestro.

95.

(Ella nunca me miraba cuando yo la miraba a Ella desde que lo hizo una vez —la primera— y se asustó.)

Antes de abrir los ojos, aún no sabe dónde está, ni si realmente ha conducido durante toda la noche hasta casa. Dejan de tañer las campanas de la iglesia y siente una lucidez inusual, como cuando era feliz. Una nube cubre el calor que recibía su ventana. Liz se desnuda ante el espejo y por fin se acuerda de mí gracias a aquella cicatriz a la que puso mi nombre. Cree comprender la percepción que los invidentes tienen de los demás. Es bello pensar en alguien y hacerlo así, ahora que aquel mar de promesas es un desierto de imposibles.

96.

Hay un terremoto en su corazón. Techos y suelos son lo primero en derrumbarse. Bajo los escombros han quedado muchos recuerdos que, aunque podrían rescatarse, están rotos. Oye el llanto de las personas a las que ha amado alguna vez, y eso hace que abra los ojos tras el estruendo. César le felicita por su pericia y le pregunta cómo sabía que el lugar más seguro de una casa durante un terremoto es el dintel de la puerta. Sonríe. No es que se hubiera refugiado bajo la puerta para salvarse, lo que pasó es que me vio volver, a lo lejos, y me estaba esperando. Separándose de la duermiveva, Lizeth descubre mi mensaje en el reverso de la fotografía:

97.

“Por fin reconoces que la nuestra también fue una historia que se interrumpió a mitad. No te veía desde hace tiempo, no sabemos si saludarnos. Tus ojos grises y verdes, tu dentadura deliciosamente imperfecta, tu cuerpo distinto de forma impredecible. Las encrucijadas se hacen las desentendidas y empieza la cuenta atrás. Esperas la llegada del 10. Cada vez estás más cerca. Las ciudades

pueden permitirse las avenidas demasiado largas porque la gente no se conoce y aguanta el cara a cara sin reventar. Aún más cerca. Sigue habiendo algo y tú simulas perder la mirada. Te acuerdas de mí. No me rindo, respiro tu perfume, preparo una sonrisa. Pero pasas de largo y quizá tengas razón. Para qué decir “hola” si no puedes decir “te quiero”.

98.

Pequeña Lizeth, cada día contigo fue intenso, tan feliz como el primero y tan amargo como el último. Mi vida después de ti fue mejor, y me dijeron que la tuya también. Ahora que sé que vuelves a marcharte ya no tengo aquel miedo, aunque sí tristeza, y puede que un disperso resentimiento de sabor inconfesable. Comprendo cada uno de tus nombres, reconozco tus máscaras, las hago mías ahora, Lizeth, llámame Vozebuth si así lo quieres, si un mismo grito ha de cobijarnos, como entonces... ¿Recuerdas aquella sensación?... Ni siquiera tú podrás robármela de nuevo. Permanece en tu escondrijo, asediada por nuestros últimos días juntos.

99.

Querida Venus: De frío mármol, sin brazos con los que abrazarme, erguida en el museo de nuestro pasado. Querida Olimpia, tápate ahora, soy el ignorado gato negro que se eriza a tus pies. Querida Liz, otro cambió tu cascabel por un diamante y ahora eres la mujer del boa negro, con el pálido cosmético de la perfidia, con el oscuro pigmento del humo y las cenizas, y yo, tu deforme Lautrec. Pintada en un cartón, cerca de la hoguera, nadie reconoce tu retrato excepto yo, que sé por qué le puse tanto rojo y tanta rabia. A ti te da igual salir favorecida porque duermes impasible ante mi insomnio, como la novia del viento que pintó Kokoschka antes de ir a la guerra. No me preguntes por qué, pero también llamó a ese cuadro “La tormenta”.

100.

Quizá fuera buena idea darle el último martillazo a la pasión y así tenerla controlada en una urna de quince milímetros, evitando el

contacto con los ojos y la piel. Puedo ser el loco que entró en el Louvre para rasgar tu sonrisa del lienzo. También puedo seguir añadiendo veladuras hasta alcanzar una elaborada y completa opacidad; o dejar el cuadro abandonado, barnizado, embalsamado, listo para que te sirva de espejo, para que veas en qué te has convertido. Tu efigie me irrita los ojos y las vías respiratorias. Renunciaré al amor y a la figuración y me dedicaré al expresionismo abstracto, que por algo se parece más al sexo. Me alejaré de toda llama o fuente de chispa.

100.

En pocas palabras, dulce Lizeth, que amontonaré los dibujos, los lienzos y el barro, ese arte degenerado para el que serviste de modelo, y encenderé la gran pira. Ambos sabemos que eres fácilmente inflamable. Yo te esculpí, ahora puedes seguir esperando, inmóvil y desnuda, a que otro te desentierre. No quisiera despedirme sin recordarte que aquí tienes una caja con tus cosas, bajo llave y fuera del alcance de los niños. Tu cepillo de dientes lo usé como espátula, pero aún puede salvarse con tolueno. No creo que sea nocivo para ti, ni por inhalación ni por ingestión, porque tú misma eres como el disolvente universal: volátil y destructora. Querida bebedora de ajeno: en contra de los dictados de la etiqueta, ha llegado la hora de tirar tus residuos por el desagüe.”

102.

Sistema cognitivo bloqueado y desorganizado, personalidad desmembrada, extrañeza del propio cuerpo, apatía y monotonía, amnesia localizada, conciencia disociada. Cierto: su mente llena de residuos, de quijotes a lomos cada cual de su quimera. Voces de ancestros, sequedad de boca, arquetipos.

103.

Cuando conocí a Lizeth, allá en el paraíso, nunca pensé que me separaría de ella, y cuando nos despedimos, hace siglos, ya sabía que no soportaría su ausencia. Ella siempre tenía que averiguar algo más acerca de cualquiera, no se daba cuenta de que hay almas cuya intersección con la nuestra sólo contiene abismos, ni de que para vivir

se nos da todo aprendido, ni de que a veces nuestras vidas no suceden en el orden que hubiéramos deseado.

104.

Yo esperaba a que se quedara dormida para explicárselo, para respirar el aire que ella purificaba, para convertirla en mi Scheherezade. Por eso caí enfermo, como ella misma admite: hipertrofia neuronal, una clase de hipertrofia vicariante que desarrollaron las células nerviosas de mi cerebro para compensar la monotonía, la pérdida, la marginación. Así que para satisfacer la particular neurosis de Lizeth, para alcanzarla, tuve que crear a Vozebuth, un gigantesco ovillo de arborizaciones protoplasmáticas excitables, un exceso dendrítico adicto a las recreaciones fantásticas, una amalgama de ocurrencias inverosímiles.

105.

Vozebuth utiliza la ficción como antídoto para la realidad, cada poema como una metafísica lista de la compra. Que Lizeth había aceptado a ese otro yo para no tener que pensar en mí es algo que salta a la vista, como un príncipe convertido en sapo, como un flechazo. Mi presencia quedó reducida de nuevo a la de un bicho jugándose la vida entre los grasientos azulejos de la cocina, deseando las migajas que dejaba el espectro de Lizeth cuando aparecía por casa.

106.

Vozebuth, ágamo, es la diva que aparece en escena cuando le da la gana, que se pasea por las mesas, que se arranca el guante para retarte a un duelo, que se va de la lengua, esa pista tan evidente que acaba con el suspense de la obra, y yo sabía que Lizeth no podría resistirse a Él, al paso en falso, a la inoportunidad: Funcionando en régimen de impulsos, como el magnetrón, incordiando con significados ocultos, cambiando cada día su rostro para ella.

107.

Yo le inventaba máscaras, operaciones, disfraces, y lo poco que quedaba de las caricias de Liz a través del cuero del antifaz bendecía

mi piel. Adorando al Bafomet, nuestro amor es el grial que se rompió. Una sola alma no era suficiente para ella, y empecé a cambiar mi nombre: Césare, Dédalo, Ulises... Vozebuth era el pastor de esta familia de ovejas negras. Si llegaba algún intruso, la vestal le decía: siéntate, si eres el lobo no hace falta que metas la pata, te adoptamos sin condiciones, saliva y come, somos caníbales ante el cadáver exquisito de mi propia alma, peca sin pensar en la penitencia.

108.

Al final, Vozebuth, debilitado, se mostraba permisivo con sus amanuenses. Silvio desembarcó y Cesare, el sonámbulo, salió del trance. Afirmaba haber completado las claves. La vampiresa fue buscando trofeos. Un alma tras otra le exponían sus sueños, sus esperanzas, sus votos, y ella creía que aquellas galas del primer día eran para siempre. Ahora que veo a Lizeth llena de interrogantes, ansiosa, enamorada de Vozebuth, esperando una próxima dosis de vivencias que le muestren un improbable destino, ha llegado el momento de que la abandone como ella hizo conmigo...

109.

Scheherezade ya no cuenta más cuentos, ahora es **La Mujer del Boa Negro**;

(Lizeth se miraba al espejo y se pintaba con polvo de alheña)

El Aduanero se suicidará la semana que viene,

ahora es **El Astronauta con Vértigo**;

(Cuando Lizeth se lavaba la cara yo era un minotauro)

110.

La Niña Ciega llora lágrimas **insípidas**;

(Lizeth juntaba su nariz con la mía hasta que solamente veíamos un ojo)

El Suicida es el **Aduanero**;

(Y yo era un cíclope)

(0)

111.

El Violinista tiene una mancha en el cuello: es la cicatriz de su **Otra Cabeza**;

(Lizeth tenía un gusto impredecible, pero un sabor constante)

Aquel Muchacho que hablaba de Troya es Aquiles y ya no persigue a **la tortuga**;

(Vela el cadáver de Patroclo desde los fríos bancos de la Piazza Della Signoria)

Silvio se ahogó en su estrecho **Acueducto**;

(Yo también)

112.

Los Estudiantes de Arte **ya no se escriben** Cartas de Amor;

(Yo le escribí la mía a Lizeth y ella corrigió las faltas)

El Joven de la Gasolinera **le vendió una Playboy** a Jim Morrison;

(Jim Morrison tenía un desierto pero ahora reptó en el nuestro)

Mi vecina **sigue rezándole a su Dios**;

(y se come nuestras moscas)

Vozebuth también;

113.

La Chica del Telecupón hizo la calle y la **Carretera**;

La Ramera se casó con un jefe que la dejó tirada en la **Calle**;

La Mujer del Jefe lo dejó tirado en la **Carretera**;

Nunca le guiñó un ojo a **Cesare**;

114.

Giuseppe Mercalli alcanzó el **nivel XII**;

(Lizeth era ella y el deseo de otras muchas)

Dédalo **robó las plumas** del Boa Negro;

(Lizeth era ella y el deseo de otras muchas)

El Sacerdote Impostor aún es un **Mendigo Borracho**;

El Señor Trigo, conductor de transportes públicos, antes camionero,
se casó con la señora Blat; **La Sra. Blat** mató al Sr. Trigo y sólo lo
sabe **el taxista**;

115.

Y los errantes siguen despidiéndose de Vozebuth cada vez que pasan por delante de la alameda y hay un deportivo aparcado junto al río, y una mujer de cuclillas junto a la puerta del conductor, y el humo de su cigarrillo se confunde con el vaho, y el vaho con las palabras, y el autobús chilla cuando frena y no hay un hogar al que volver, y ese olor a comida caliente que no es para ti... ¿A quién se le ha ocurrido silbar “Eleanor Rigby”?

116.

¿Y nosotros qué?

Nosotros no fuimos nada pero no importa.

117.

Las fotografías del álbum de errantes siguen calladas. Liz quisiera comer algo pero la nevera está vacía. Registrando la alacena consigue una botella de leche aún sin caducar. Al abrir el microondas, el asqueroso olor de una pizza que olvidó dentro le quita el apetito. Empieza a recorrer el piso con ese sigilo felino que la hacía etérea a mis ojos. Pasa los dedos por las carátulas de los vinilos, pero es demasiado sensible a la música como para soportarla hoy, ni siquiera

contra este terrible silencio. No hay correos electrónicos, ni mensajes en el contestador, ni película que pueda hacer que Lizeth olvide el cansancio.

118.

Nuestra vida podría recomponerse con trozos de las vidas de las demás, y no solamente el pasado sino también el futuro. Y si elegimos un portal al azar y preguntamos seguro que la respuesta acaba llevándonos de nuevo hasta nosotros mismos.

119.

Espero un poco más y llamo al timbre.

P.D:

Lizeth abre la mirilla despacio y van cediendo los cerrojos.